

¿Es esto lo que queremos?

Queremos aprovechar la oportunidad que nos brinda esta página web para reflexionar sobre las actitudes que a veces manifiestan los jóvenes ante los grandes problemas de nuestro tiempo, y que estamos seguros que no son más que mera apariencia.

Vivimos tiempos difíciles tanto económica como socialmente. Según la última Encuesta de Población Activa el 40% de los jóvenes están en paro. Ante la emergencia que ponen de manifiesto unas cifras tan desoladoras, a los representantes de los empresarios no se les ocurre otro remedio que proponer un contrato de trabajo para los jóvenes propio de la esclavitud de la Roma de los césares, sin cotización a la Seguridad Social, sin prestación por desempleo y por una cuantía equivalente al salario mínimo interprofesional. Debido a la escandalera producida por esta provocación, los empresarios deciden apartarla del debate calificándola de “comentario de pasillo”. Retiradas al margen, propuestas de esta índole muestran las intenciones de la CEOE que, por lo demás, mantiene en su dirección a un empresario fracasado que, por cierto, es también un mal ejemplo como ciudadano. Por otro lado, casi de manera simultánea a este anuncio, el Gobierno, acompañado del silencio cómplice del principal partido de la oposición, propone el aumento en dos años de la edad de jubilación. Así, a la vez, se intentan perpetrar dos agresiones contra los jóvenes: una dirigida a los que aún no han cumplido los treinta años y otra a los futuros jubilados que también son los jóvenes de hoy.

Con ser desgraciada esta situación no acaba aquí. En el horizonte también hay nubarrones en otros asuntos que afectan singularmente a los jóvenes. Legislatura tras legislatura presenciamos que los gobiernos hacen y deshacen a su antojo en lo que a educación y organización universitaria respecta.

Las pasamos canutas para poder tener una vivienda digna y todo apunta a que esta situación no va a cambiar en el futuro. Hemos sido testigos de las ayudas del gobierno a los bancos sin resultado para los ciudadanos; a esos mismos bancos que nos exigen avales imposibles para poder obtener un crédito o una hipoteca que, en el mejor de los casos, terminaremos de pagar en nuestro lecho de muerte. Y contemplamos que los medios de comunicación no sólo mienten descaradamente con el fin de manipular a la opinión pública, sino que entre esas informaciones mentirosas se empeñan en presentar una imagen de nuestra generación negativa y falsa.

Hemos podido constatar en nuestras conversaciones con otras y otros jóvenes que, por lo general, somos bastante críticos con lo que estamos viviendo. Esto significa que sí tenemos conciencia política aunque parezca a veces difusa. Sin embargo hay que reconocer que apenas hemos hecho nada política y socialmente significativo para remover los obstáculos que impiden que tengamos un desarrollo pleno y autónomo como ciudadanos mayores de edad. Nos hemos convertido en las ovejas que el poder económico siempre ha deseado, desmovilizadas y desorientadas. Es verdad que los tiempos cambian y que los modelos sociales también deben hacerlo. Pero para transformar la realidad social hay que utilizar los mismos métodos que utilizaron los jóvenes de generaciones anteriores también insatisfechas con la vida que les ofreció el tiempo que les tocó vivir.

Es una obviedad decir que ya no asistimos a manifestaciones multitudinarias (apenas éramos dos decenas de jóvenes en la manifestación del 2 de febrero en Guadalajara contra “el pensionazo”), caemos en el error de pensar que todos los políticos son iguales y, a la vez, no

militamos en partidos para cambiar la imagen negativa que tenemos de la política. Parece que nos conformamos con el derecho a votar cada cuatro años o a quedarnos en casa. A este ideal tan limitado se reduce nuestra concepción de la libertad política. Y con ese ideal no vamos a ningún sitio.

Muchos de nosotros hemos tenido que dar marcha atrás a la hora de emanciparnos. Somos la generación más formada y, a pesar de ello, los que más trabajamos en precario si es que tenemos la "suerte" de hacerlo. Los medios de comunicación se mofan de nosotros y seguimos sus mensajes como las ovejas siguen al pastor. En definitiva, contemplamos que nuestro horizonte se oscurece, nos "encabronamos", optamos por la pataleta privada, pero no nos rebelamos públicamente demostrando que los jóvenes estamos vivos, que pensamos, que sentimos y que queremos un mundo mejor para nosotros y para los hijos que nos gustaría tener.

La sociedad y la política necesitan de la rebeldía de los jóvenes. Una sociedad sin aspiraciones de cambio es una sociedad dormida, condenada a la rutina y la muerte. La política sin la rebeldía juvenil se duerme, se anquilosa. Y en las sociedades en la que no hay savia nueva la savia vieja se corrompe.

Afortunadamente los jóvenes no hemos padecido una guerra ni una dictadura. Pero sufrimos una situación que bien merece el resurgir de la verdadera fuerza de la juventud. Los poderosos le tienen miedo a las ganas de vivir de una juventud organizada y consciente. Y para constatar este hecho no hay que irse a mayo del 68. Basta con mirar unos años atrás para recordar nuestro grito casi unánime al no a la guerra, y las manifestaciones y los resultados de las elecciones tras los atentados del 11M.

El futuro nos pertenece. Debemos levantarnos, demostrar que somos capaces de defender nuestros ideales y luchar por lo que queremos y creemos justo. Si no lo hacemos terminaremos convirtiéndonos en marionetas de un sistema que sólo beneficia a unos pocos y en el que nuestro único cometido sea movernos a su antojo. ¿Es esto lo que queremos? ¡Seguro que no!

Miguel Oscar Aparicio de Lucas
Edgar Fernández San José
18 de marzo de 2010